

Camino de Santiago. Itinerario de conversión y reto para la evangelización

Carolina Blázquez Casado, osa
UNIVERSIDAD ECLESIASTICA SAN DÁMASO
MADRID

Hace casi quince años una pequeña fraternidad de hermanas agustinas procedentes del Monasterio de la Conversión en Sotillo de la Adrada, Diócesis de Ávila, se hizo presente en el Camino de Santiago –concretamente en el albergue parroquial de Santa María del Camino de Carrión de los Condes, diócesis de Palencia– para encontrar a los hombres y mujeres que, de todos los puntos de la tierra, emprenden la peregrinación a Compostela buscando una Palabra de Vida, una Compañía que salve su soledad, una respuesta de Sentido a la existencia... buscan todos, incluso sin saberlo y veladamente, al Dios que les busca, al Dios que tiene sed de su sed¹.

Afrontar esta llamada fue una decisión arriesgada y profética, optando por una actitud de salida y éxodo, a la que el Papa Francisco, en estos últimos años, llama insistentemente como forma de vida cristiana².

El Camino de Santiago se presentaba ante nosotras como un espacio y oportunidad de encuentro con aquellos que raramente se plantearían la posibilidad de acercarse a una casa religiosa, a nuestra hospedería, pues su

1 Cf. SAN AGUSTÍN, *De diversis quaestionibus octoginta tribus*, 64, 4.

2 "En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de 'salida' que Dios quiere provocar en los creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf. Gn 12,1-3). Moisés escuchó el llamado de Dios: 'Ve, yo te envío' (Ex 3,10), e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (cf. Ex 3,17). A Jeremías le dijo: 'Adonde quiera que yo te envíe irás' (Jr 1,7). Hoy, en este 'id' de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva 'salida' misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio" (FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium* (=EG) [24-XI-2013] 20).

horizonte de vida, aparentemente, parece extraño y ajeno al nuestro. Era un modo privilegiado, por tanto, de estar cerca de todos, también de los que sentimos y se sienten lejos y distintos y no solo físicamente sino distanciados por posición o planteamiento vital. Fue justamente esto, la posibilidad de encuentro y diálogo con los distintos, con los alejados, con los extraños lo que nos impulsó a dar este paso³.

La acogida a los peregrinos se realiza principalmente por parte de la comunidad de hermanas acompañadas, especialmente durante la época del verano, por grupos de laicos, sacerdotes, religiosos de otras congregaciones... que, por turnos de una semana, comparten la vida y la misión con nosotras a modo de voluntariado y servicio de caridad. Esta comunidad de acogida desea ser un icono de la belleza y diversidad de la Iglesia de Cristo, abierta como una verdadera madre, casa, espacio de acogida y descanso para todos los hombres y mujeres de nuestro mundo, para todos los que pasan por nuestro albergue.

Cada día, desde marzo hasta octubre, pernoctan en el albergue una media de 50 peregrinos, fácilmente de más de diez nacionalidades y, muchas veces, de los cinco continentes. A la presencia tradicional de peregrinos provenientes de diversos países europeos, últimamente cada vez más de la zona Este de Europa (Polonia, Hungría, Eslovaquia, Letonia, Lituania, Bulgaria...), se ha sumado una avalancha de peregrinos norteamericanos hasta convertir a EEUU en el país extranjero de mayor presencia en el camino cada año⁴. Los peregrinos asiáticos proceden principalmente de Korea del Sur y, aunque en

3 “La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. ‘Primerear’: sepan disculpar este neologismo. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrevámonos un poco más a primerear!” (EG 24).

4 El éxito de la película *The Way* dirigida por Emilio Estévez, hijo de Martin Sheen, que actúa como actor protagonista, rodada en 2009 en honor al Camino de Santiago, ha sido un factor precipitante de esta afluencia de peregrinos norteamericanos que bien puede interpretarse como signo de una sincera y fuerte búsqueda religiosa. “En el cine hay ahora una película llamada *The Way* (El Camino), en la que uno de los protagonistas es un conocido actor, Martin Sheen. Quizás la hayan visto. Hace el papel de un padre cuyo hijo distanciado muere mientras recorre el Camino de Santiago de Compostela en España. El angustiado padre decide completar la peregrinación en lugar del hijo perdido. Es el icono del hombre secular: satisfecho de sí mismo, despectivo hacia Dios y la religión, que se definía ‘excatólico’, cínico frente a a la fe... pero, sin embargo, es incapaz de negar que dentro de sí hay un interés irresistible de conocer más allá, una sed de algo más –o alguien más–, que crece en él a lo largo del camino. Sí, podríamos tomar prestado lo que los apóstoles le dijeron a Jesús en el evangelio

menor cantidad, hay también peregrinos de Japón y China. Una presencia significativa, por la distancia geográfica y cultural, es la de los peregrinos australianos y neozelandeses, así como de República Centroafricana.

La jornada del peregrino se inicia rozando el alba cuando, silenciosamente y aún en medio de la oscuridad, empieza a recorrer la etapa de ese día. Mientras ellos van dejando el albergue, la comunidad de acogida reza con las puertas de la Iglesia de Santa María de Carrión abiertas, expresando la dimensión de intercesión que caracteriza nuestra presencia allí. A lo largo de la mañana el albergue se limpia y se prepara para la llegada del nuevo grupo de peregrinos. A las doce, en el momento del *Ángelus* –cuando María acogió la visita de Dios en su vida y así, a través de ella, Dios encontró una casa en este mundo, el seno y abrazo de una madre–, se abre la puerta del albergue y los peregrinos empiezan a entrar. Esta primera acogida se realiza uno a uno, de persona a persona, se toma nota de cada nombre, lugar de origen, tramo del camino hecho hasta ese momento, se les ofrece un vaso de agua, se les abre casa y se les brinda la compañía, el pan, la sonrisa y una palabra de vida, según se les va explicando el horario, si es posible en su propio idioma, como un gesto de proximidad.

Por la tarde, tras el necesario descanso, en la entrada del albergue se convoca a todos para un encuentro. En este momento hay un lenguaje universal que nos aglutina y hermana a todos: la música. Cantamos y vamos preguntando a cada uno: ¿Quién eres? ¿Por qué haces el camino? ¿Qué está pasando en tu vida mientras lo recorres? Generalmente, es un momento de profunda emoción donde la cerrazón o la indiferencia pueden diluirse dejando paso a la escucha, la apertura y, tantas veces, las lágrimas. Muchos de una forma muy sencilla y honda cuentan el motivo de su camino refiriendo un momento existencial de cambio, de pérdida, de crisis que están sufriendo. Este peso interior que cargan consigo es mucho más pesado que la gran mochila que llevan sobre los hombros y el hecho de encontrar un espacio donde poder contarlo, compartirlo, ser escuchado... agranda los espacios de la caridad entre todos creando una “misteriosa” fraternidad entre los compañeros de camino.

Tras este primer encuentro los peregrinos que quieren pueden venir a la Iglesia para vivir el Emaús cotidiano donde la presencia de Jesús, compañía

del domingo: ‘¡todos te buscan!’ Y te están buscando incluso hoy...” (TIMOTHY MICHAEL DOLAN, *Intervención en la Jornada de oración y reflexión para los miembros del Colegio Cardenalicio y los nuevos cardenales* [17-11-2012]).

secreta del camino, se manifiesta y da a conocer en la Palabra, la oración y el Pan eucarístico. Al final de la misa se les ofrece la bendición del peregrino como gesto de cercanía y custodia del Amor de Dios que quiere llegar a todos, por el mero hecho de ser peregrinos, superando cualquier diferencia religiosa, creencia o ideología.

Después llega el momento de la llamada “cena compartida” donde el pan material también es partido y repartido entre todos. Se trata de un momento sencillo, cálido y espontáneo de diálogo más interpersonal, de conocimiento mutuo, de simpatía y amistad en la alegría de la mesa fraterna que une y es signo de celebración y fiesta⁵.

Todo se termina rápido para poder descansar y continuar al día siguiente la marcha. Es un encuentro ligero, de gran intensidad, que se renueva cada día, como el fluir de un río. Contamos con solo unas pocas horas, unos momentos escuetos y precisos, para vivir y encontrarnos con el peregrino. Al día siguiente, tempranísimo, partirán y quizá no volveremos a verlos. Algunos regresan e incluso desean vincular su experiencia de amistad, de comunión, de búsqueda de Dios vivida en la peregrinación con nosotras⁶. Son ellos los testigos de primera mano que nos cuentan lo que puede pasar —lo que de hecho pasa—, como un verdadero milagro de la gracia, a lo largo del Camino. Gracias a ellos y sus relatos y vidas podemos escribir este artículo que tratará de ahondar y exponer de modo orgánico y sistemático el modo y los rasgos paradigmáticos de la experiencia de conversión en el Camino de Santiago.

I. LA PEREGRINACIÓN COMO TOPOS ANTROPOLÓGICO

El viaje de retorno a la patria, a la casa, al origen es uno de los *topoi* más sugerentes de la literatura de toda la humanidad. El hombre de todos los tiempos se identifica con Ulises recorriendo el mar proceloso de la existencia

5 Sobre la acogida en los albergues en el camino de Santiago cf. C. BLÁZQUEZ CASADO, “Obras de misericordia (3). Dar posada al peregrino”: *Vida Nueva* 2980 (2016) 12-18.

6 Algunos de estos testimonios de peregrinos y hospitaleros que colaboran con la comunidad se pueden encontrar en: <http://www.monasteriodelaconversion.com/testimonios/category/testimonio>. Otros testimonios se pueden encontrar en la página oficial de la Oficina de Acogida del peregrino de la Catedral de Santiago de Compostela: <https://oficinadelperegrino.com/peregrinacion/peregrinos/>.

en busca del descanso definitivo por el que sufre nostalgia y al que se siente atraído por encima de toda lejanía⁷. Una casa que es el origen y también, paradójicamente, la meta y el destino de la existencia. La vida, por tanto, es concebida como un largo proceso de vuelta, de retorno, de regreso, de llegada desde la extranjería y el exilio hasta lograr la verdadera identidad en la patria y el hogar.

Cuando nos adentramos en el estudio de la Historia de las Religiones detectamos la pervivencia de este *topos* antropológico codificado en una perspectiva de orientación hacia la Trascendencia como peregrinación. Para el hombre religioso el puerto donde atracar la vida está junto a su Dios. Para él todo se encamina y reorienta hacia el ser trascendente, hacia su Morada, hacia el encuentro con él como meta. Este itinerario hacia Dios es la peregrinación, entendida, en un sentido amplio, como metáfora de la existencia y también como ejercicio concreto de piedad y manifestación religiosa en las diferentes rutas de peregrinación vinculadas a las diversas religiones del mundo⁸.

En la peregrinación se da una experiencia dinámica de progresiva y creciente cercanía, orientación, proximidad con Dios a través, justamente, de las realidades de este mundo. Etimológicamente peregrinar (*per-agros*) significa pasar por esta tierra, recorrer este mundo, pisar la realidad mirando al cielo, orientando todo hacia el destino, remodelando la relación con las cosas, reeducando nuestro modo de estar en medio del cosmos gracias al horizonte de sentido que buscamos, que anhelamos, que barruntamos y que nos espera en la meta. En cierto modo podemos decir que la perspectiva de lo sagrado como meta transforma el trato del peregrino con lo profano a lo largo de su camino y el lugar santo al que uno se encamina va configurando el itinerario, los preparativos, las etapas anteriores. La meta colorea el recorrido y este, a su vez, se convierte en preparación, verdadero maestro, mistagogo para el encuentro con el Misterio. Forma parte de la experiencia de la peregrinación, por tanto, como rasgo propio un dinamismo de conversión, la misma

7 "Después del viaje al país en el que los sauces echan su sombra de la muerte mística, Ulises se prepara para el regreso definitivo. En su corazón, expuesto a múltiples pruebas, sólo vive el anhelo de la casa paterna. (...) Es una imagen mítica que le aparece al cristiano helénico cuando piensa en la travesía de su vida terrena y en la nostalgia por la patria del cielo" (H. RAHNER, *Mitos griegos en interpretación cristiana* [Barcelona 2003] 301).

8 En nuestra tradición judeo-cristiana los salmos de peregrinación expresan esta experiencia humana de búsqueda y orientación vital hacia Dios que se reconoce y renueva en la práctica de la peregrinación al lugar santo. La subida hacia Jerusalén es signo y anuncio del último ascenso al cielo, a las moradas eternas.

peregrinación es una conversión, un regreso al destino que se convierte en horizonte de la existencia.

II. AREÓPAGO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

En la reflexión eclesial sobre la nueva evangelización que estamos abordando con urgencia y profundidad prácticamente desde el estreno del nuevo milenio es frecuente abordar la temática sobre los nuevos areópagos de la cultura y la sociedad y, por tanto, de la evangelización⁹. Se trata de localizar y crear ámbitos o lugares donde la realidad de los hombres y mujeres de hoy, con sus preocupaciones, sus búsquedas y sus deseos más profundos, pueda entrar en contacto y abrirse al diálogo y encuentro con la verdad del Evangelio y el testimonio de vida de los cristianos, en la certeza de que nada verdaderamente humano es ajeno al cristianismo y que en Jesucristo se desvela el misterio del hombre¹⁰.

Uno de estos areópagos es, sin duda, el camino de Santiago recorrido en la actualidad por hombres y mujeres que representan el arquetipo de la sociedad secularizada¹¹: vida cómoda, marcada por el bienestar, el materialismo y la búsqueda del placer; libertad y autonomía como grandes valores; actitud relativista y respeto a la pluralidad entendida como indiferencia y permisividad; distancia crítica ante la fe eclesial e insatisfacción existencial que explica la atracción creciente hacia nuevas formas o modalidades de espiritualidad y religiosidad.

Aunque las razones que motivan la peregrinación al emprender el camino pueden ser muy variopintas: desde la llamada motivación espiritual a la

9 La alusión más reciente del Magisterio a este respecto: "Un espacio peculiar es el de los llamados nuevos *Areópagos*, como el 'Atrio de los Gentiles', donde 'creyentes y no creyentes pueden dialogar sobre los temas fundamentales de la ética, del arte y de la ciencia, y sobre la búsqueda de la trascendencia'" (EG 257).

10 "En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (GS 22).

11 "El viaje es metáfora de la vida, y el viajero sabio es aquel que ha aprendido el arte de vivir y lo comparte con los hermanos, como sucede con los peregrinos a lo largo del Camino de Santiago, o en otros caminos, que no por casualidad se han multiplicado en estos años. ¿Por qué tantas personas sienten hoy la necesidad de hacer estos caminos? ¿No es quizás porque en ellos encuentran, o al menos intuyen, el sentido de nuestro estar en el mundo?" (BENEDICTO XVI, *Homilía de apertura del año de la fe* [11-X-2012]).

deportiva, cultural, de ocio y turística... en el recorrido emergen los grandes interrogantes existenciales sobre el sentido de la vida, la propia identidad, la herida del sufrimiento y el fracaso que precipitan la pregunta sobre la trascendencia y la apertura a la dimensión religiosa. Hasta tal punto el Camino es espacio de encuentro con la sed profunda del hombre de hoy que a lo largo del Camino proliferan las ofertas de espiritualidad de estilo *new age*, experiencias iniciáticas de religiosidad subjetivista, difusa, sin referencias a Dios acogidas por gran número de peregrinos sedientos en el desierto de la sociedad post-moderna y post-secular.

El Camino propicia también un despertar en la fe en muchos bautizados que han abandonado su práctica religiosa, que no tienen contacto alguno con la Iglesia e, incluso, profesan una actitud de rechazo pero que, a lo largo de su peregrinación, entran en los templos buscando silencio y soledad. Estas visitas pueden estar ligadas, en muchos casos, a las celebraciones litúrgicas, por ejemplo, la bendición o la misa del peregrino, puesto que la asistencia a estas propuestas religiosas forma parte, también para los no practicantes, de la experiencia de la peregrinación. Esta se convierte, por todo ello, en un nuevo escenario que libera de los prejuicios de la vida cotidiana y esta apertura es, en muchos casos, una brecha abierta hacia la conversión y la vuelta a la fe.

Por último, también en el siglo XXI el peregrino se siente especialmente tocado y afectado existencialmente por la experiencia de vulnerabilidad, pobreza, extranjería y provisionalidad que comporta toda dinámica de peregrinación. Precisamente estas carencias inherentes al camino desarman al peregrino de las durezas y corazas con las que se defiende, como forma de estar en el mundo, y le hacen especialmente receptivo al testimonio de caridad, servicio y gratuidad, en forma de acogida, ayuda, cuidado físico, psicológico y espiritual, acompañamiento, misericordia y ternura que muchos hombres y mujeres, por amor a Jesús¹², ofrecen a los peregrinos a lo largo del camino. Estos testimonios de amor cristiano son presencia de gracia y signos reconocibles del amor de Dios.

Todo este elenco de rasgos propios del Camino de Santiago nos permiten presentarlo como un espacio propicio para el encuentro evangelizador

12 "Fui peregrino y me acogiste. (...) Cada vez que lo hicisteis con alguno de estos mis humildes hermanos conmigo lo hicisteis"
(Mt 25,35.40).

con el hombre de hoy en un estado de búsqueda y apertura que propicia la experiencia de conversión.

III. LA PROPEDÉUTICA DEL ITINERARIO

Según se recorre el itinerario se despliega un proceso paradigmático y, a la vez, particular y único en la vida del peregrino que orienta toda su persona hacia un cambio existencial, hacia una gracia de conversión¹³. Detectamos en el camino una verdadera propedéutica para el encuentro con Dios a través de algunos elementos comunes, situaciones propicias o hechos recurrentes en las historias de conversión en el camino. Todo se desencadena con el mismo hecho de partir, por la decisión de salir de casa y el sentido profundo de este gesto que introduce al peregrino en una dinámica de desposesión, pobreza, desnudez, precariedad existencial que orienta su mirada y sus pasos hacia un horizonte de trascendencia. A medida que camina sobre la tierra el peregrino aprende a mirar al cielo a través de las flechas que señalan esa otra ruta del corazón. Todo esto abre y dispone su persona al paso de la gracia¹⁴.

1. EL DESEO

El hecho de ponerse a caminar es signo, de algún modo, de un despertar. Es un acto de rebeldía, ruptura e inconformidad con la vida cotidiana, sufrida

13 Un poema de León Felipe, que está enmarcado en una pared de la entrada del albergue de Santa María de Carrión y cada tarde se canta con los peregrinos para poner fin al encuentro musical, expresa muy bien esta propedéutica del camino con su matiz universal y personal. "Nadie fue ayer / ni va hoy / ni irá mañana / hacia Dios / por este mismo camino / que yo voy. / Para cada hombre / guarda un rayo nuevo de luz el sol... / y un camino virgen / Dios".

14 "El elemento pedagógico fundamental de este proceso es, sin duda, el propio camino, que actúa como maestro sobre el caminante dispuesto a aceptar humildemente su pedagogía. La experiencia pone de manifiesto, en el caso de la Ruta Jacobea, la fuerza catecumenal que ejerce sobre la mayor parte de sus caminantes, convirtiéndolos antes o después en auténticos peregrinos. (...) La gran riqueza de la peregrinación a pie estriba, precisamente, en su austero caminar, carente de comodidades, que temple, según su lento ritmo humano, lo más profundo del corazón. La fatiga de la marcha, la improvisación en cuanto a la comida y bebida, la ausencia de techo y cama seguros, la humildad de tener que solicitarlo... obligan al hombre moderno, hastiado por el tener, a sopesar el auténtico valor de los bienes de este mundo en relación a lo único necesario" (J. A. TORRES PRIETO, *Tu solus peregrinus. Viaje interior por el Camino de Santiago* [Silos 1996] 29-30).

y sentida como insuficiente. Implica renunciar a un estilo de vivir cómodo, entretenido, sonámbulo, superficial, asentado en la búsqueda del “bienestar” que nos conduce, paradójicamente cuanto más acaparamos, al vacío¹⁵.

Una vida fundada en la seguridad y salvaguarda de sí mismo, en la acumulación y voracidad está abocada al aburrimiento y hastío de quien se limita a sobrevivir, apagando los deseos de plenitud, de felicidad, de trascendencia que habitan en nuestro corazón, pues “nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descansa en Ti”¹⁶.

Pero el aburrimiento y la superficialidad pueden ser también un lugar teológico, pues ellos pueden ser tan profundos que nos arrojen finalmente en la angustia, en la tristeza que puede dar paso a la nostalgia de otra vida, la memoria del Paraíso perdido¹⁷. Entonces se despereza el deseo de plenitud y este nos impulsa a caminar, a buscar otra vida.

Cuando el hombre peregrina, pone en marcha un denso sistema simbólico, a través del cual pretende expresar su íntima búsqueda de plenitud, de felicidad. Aunque no sea consciente de ello, inicia un movimiento de descentramiento, que le saca del egoísmo de la inmediatez física del propio yo, para dirigirse hacia el Absoluto¹⁸.

Lo constitutivo del hombre es estar en pie y echar a andar. Lo que nos diferencia del resto de los animales es la capacidad de dejarnos interpelar por el horizonte que delante de nosotros nos invita a buscar, más allá de nosotros mismos y de nuestro pequeño mundo, el cumplimiento de la promesa de felicidad que nos habita. La incapacidad de conformidad con lo dado, con lo previsto, con lo conocido para abrirse a un “más” es lo que explica la co-

15 “La peregrinación simboliza vuestra vida. Significa que no os queréis instalar, que os resistís a todo lo que tienda a embotar vuestras energías, a apagar vuestras preguntas, a cerrar vuestro horizonte. Se trata de ponerse en marcha aceptación el desafío de las intemperies, de afrontar los obstáculos —primeramente los de nuestra debilidad—, de perseverar hasta el final” (*Discurso de Juan Pablo II a los Jóvenes de Europa en Estrasburgo 1988*. http://w2.vatican.va/content/john-paulii/fr/speeches/1988/october/documents/hf_jp-ii_spe_19881008_giovani-strasburgo.html).

16 SAN AGUSTÍN, *Confesiones* I,1,1.

17 “La mort spirituelle, qui s’exprime dans la mort biologique, ronge secrètement notre existence mais, par l’intensité même de l’angoisse qu’elle provoque, nous met sur la voie de l’éveil” (O. CLÉMENT, *Le Chant des larmes. Essai sur le repentir* [Paris 2011] 59).

18 TORRES PRIETO, *Tu solus peregrinus*, 25.

lonización del mundo por parte del hombre que ha dejado constantemente su tierra y su casa para buscar más adelante y conquistar nuevos territorios, nuevos horizontes. Esto implica aceptar que en nosotros hay un vacío, un hueco interior, una inadecuación, una espera aún no cumplida hasta hacer de ello el motor de la vida y la razón de todas las búsquedas, la inquietud que nos impulsa a seguir siempre buscando¹⁹.

Muchos peregrinos que se deciden a iniciar el camino de Santiago cuentan que en un momento concreto de su vida el “deseo de más” les ha despertado del letargo de una vida cotidiana adormecida y sonámbula²⁰. Constatamos año tras año que son pocos aquellos que caminan exclusivamente por motivos deportivos o culturales²¹. La gran mayoría de los peregrinos salen de casa cargados con una búsqueda, un deseo o una pregunta profundos. Los momentos de tránsito vital o decisión vocacional –el paso de la época de estudiante a la nueva etapa vital de trabajo y elección vocacional y profesional o, al contrario, la entrada en la jubilación que supone un nuevo tiempo y espacio vital que requiere un nuevo sentido y actitud personal para afrontarlo–, las experiencias de dolor y pérdida que exigen un espacio de reflexión, aceptación y duelo –como la muerte de un ser querido o la lucha contra la enfermedad–, la necesidad de agradecer la abundancia de bien y salud en la vida y la búsqueda de espacios de silencio, de oración, de interioridad, de encuentro con Dios, consigo mismo, con la creación y con los demás... son las razones, que muchas veces denominamos más estrictamente espirituales y no religiosas, que alientan principalmente la decisión de iniciar el camino de Santiago.

19 “Las personas emprenden la peregrinación jacobea porque buscan y porque esperan encontrar lo que su mundo moderno no ha sido capaz de ofrecerles. El rito y el misterio de la peregrinación jacobea aparecen constantes a lo largo de la historia, independientemente de los cambios y avances culturales que se producen” (J. BARRIO BARRIO, *Peregrinos de la fe y testigos de Cristo Resucitado. Carta Pastoral* [Santiago 2010] 101-102).

20 “La conversión no es solo un sentimiento moral de culpabilidad. Es la conciencia de mi deseo insaciable, de ese deseo que se da en mí como un vacío que se convierte en llamada, como el hueco de una plenitud desconocida. “El corazón del hombre, decía Nicolás Cabasilas, ha sido creado lo suficientemente grande como para que el propio Dios pueda tener cabida en él” (*La vida en Cristo* II). El arrepentimiento consiste en llegar a ser conscientemente ‘hombre de deseo’” (O. CLÉMENT, *Sobre el hombre* [Madrid 1983] 26-27).

21 Según las estadísticas que ofrece la Oficina del Peregrino de Santiago de Compostela del año 2018 de los 327.378 peregrinos registrados en la Oficina solo un 9,35% de peregrinos afirmaron no hacer la peregrinación por motivos religiosos; en cambio, el 47,87 % afirmó hacerlo por motivos religiosos y otros y un 42,78% por motivos estrictamente religiosos. <http://oficinadelperegrino.com/wp-content/uploads/2016/02/peregrinaciones2018.pdf>.

2. LA MEMORIA

Si ya este primer paso –el del deseo que mueve la decisión de hacer el Camino– abre el corazón del hombre a un encuentro y es preparatorio en el itinerario de conversión, el día a día del peregrino es otro factor que predispone al caminante para vivir y abrirse a la experiencia religiosa, pues según se avanza, uno se sumerge en un proceso de encuentro consigo mismo y su propia historia en la desnudez y la precariedad.

Se pierden las máscaras, los disfraces, los escudos tras los que nos escondemos, sobre todo, de nosotros mismos. A lo largo de la vida aprendemos a cubrir nuestra desnudez y vergüenza, huimos de ella, la camuflamos porque revela nuestra condición precaria y frágil, necesitada de otro, vulnerable. En cierto modo, al peregrinar el hombre sale de su escondrijo y retorna a un estado de indefensión, inocencia y disponibilidad que caracteriza la actitud primera, original, de lo humano, la forma de ser del niño. Es una vuelta al paraíso perdido, a la casa y el seno de donde nacimos sin más protección que la compañía amorosa materna y paterna, la providencia, la custodia de Dios que reposa sobre cada una de las criaturas.

La propia historia en este momento se impone, entonces, sin tapujos ante la conciencia y en esta situación vamos entendiendo (*intus-legere*), podemos leer sus entresijos y reconocer un sentido interior en la dura y clara verdad de nuestra condición paradójica y agónica, vocacionada y orientada a algo grande pero traicionada y falseada tantas veces... Brota así el sentido de pecado, de responsabilidad, de culpa y miseria como respuesta a la llamada primera de plenitud y belleza. En cierto modo, la historia personal se esclarece a la luz de la historia de la humanidad como historia de salvación, como otra historia bíblica.

Muchos dicen que el Camino, con su geografía, cuando se recorre, sobre todo, desde el Sur de Francia hasta Compostela, acompaña esta memoria existencial. Las primeras etapas son marcadamente bellas, espléndidas de pureza y ligereza aún, como la primera belleza de lo humano ligada a la niñez y su limpidez. Posteriormente con la meseta se inaugura el tiempo de la lucha, la prueba, la purificación y la herida, donde la rutina, la monotonía, el desgaste, el cansancio, el sufrimiento se hacen presentes. El peregrino trata de buscar atajos, se impacienta, entra en la pelea del sinsentido, se pierde por puro aburrimiento, cojea y padece por la dureza del camino... Solo si se

permanece y acepta la prueba y atraviesa el páramo, su belleza oculta, silenciosa, un poco apofática y, muchas veces deformada, herida, maltrecha, puede transfigurarse y abrirse a una madurez en la tercera etapa del camino y de la vida, que es la última, la que nos abre a la sabiduría de la verdad de las cosas y de sí mismo ante la cercanía de la meta, que nos ilumina desde dentro y nos atrae hacia sí. Hay un lugar en el Camino de Santiago donde se concentra este sentido penitencial y de reconciliación del itinerario: la Cruz de Ferro, en el Monte Irago, en la frontera entre Castilla y Galicia, cuando los montes de León anuncian al peregrino que la meta se acerca. Allí los peregrinos deben dejar al pie de la cruz una piedra que hayan cargado consigo todo el camino como signo de la purificación y la reconciliación vividas en la peregrinación.

El interior del peregrino, según camina, es visitado por nombres, rostros, episodios, acontecimientos, lugares, encuentros, palabras, incluso aquello que parecía totalmente olvidado... y en su corazón se alumbran dos fuertes y paradoxales sentimientos: el arrepentimiento y la gratitud. Las Confesiones de san Agustín son el fruto de una experiencia personal semejante. Para él justamente el género de la *confessio* está ligado a estos dos movimientos: el reconocimiento de la pobreza personal y de la gracia inmerecida, del propio pecado y del perdón ofrecido, de nuestra condición creada y la paciente y generosa misericordia del Creador.

Esta experiencia íntima provoca también en el peregrino la necesidad de una cierta confesión, de aquí, el sentido del cuaderno o diario del peregrino donde va describiendo no solo el recorrido externo y los sucesos de cada día sino ese itinerario personal como memoria de la propia historia releída en la distancia que permite iluminarla desde una nueva perspectiva más humilde, más pobre, más indefensa y, quizá por ello, más humana, más abierta al perdón y al encuentro. Esta necesidad de confesión del peregrino se percibe también en los encuentros que se viven con los compañeros de camino a los que con gran sencillez y libertad se les cuenta y hace partícipes de la propia vida. Convertir la historia interior en un relato, darla a conocer, compartirlo con otro forma parte de esta purificación de la memoria. Sucede frecuentemente que en la peregrinación se dan encuentros muy profundos e intensos donde uno es capaz de compartir momentos y situaciones de su vida que jamás anteriormente han sido comunicados a nadie, ni tan siquiera a nuestros seres más queridos. En los estudios de teología pastoral se ha denominado este tiempo de encuentro “conversación breve”. En realidad, el peregrino que

confía su historia o parte de ella al compañero que tiene al lado y al que ha visto, quizá por primera vez, esa misma mañana, pero con quien es capaz de hablar de su herida más profunda, su recuerdo más doliente, su sufrimiento más escondido, no espera del otro ninguna solución o palabra esclarecedora. Espera de su compañero una simple escucha, una presencia incondicional, un signo de misericordia.

Memoria, purificación, lágrimas, narración, cambio... ¿no son acaso estos los pasos de la confesión sacramental? Para muchos peregrinos el camino es el espacio de una verdadera experiencia penitencial, siguiendo la tradición medieval, que puede encontrar en el sacramento de la penitencia su sello y confirmación. La presencia de sacerdotes a lo largo del camino: en las Iglesias, en los albergues, caminando como un peregrino más con los peregrinos... ayuda a que el peregrino reconozca en él a Jesús, el compañero que se acerca y pregunta: ¿De qué hablas por el camino? Queriendo cargar consigo la historia de su vida y abrazándola desde el perdón de Dios, el único que libera y hace nacer de nuevo²².

3. LAS FLECHAS

En la tradición patrística hay una preciosa interpretación del paso de Génesis que narra cómo Dios al encontrar al hombre escondido de su presencia porque se ha reconocido desnudo por el pecado le teje, antes de la expulsión del Paraíso, unas túnicas de piel. Estas túnicas de piel son el signo de la misericordia divina, de su amor creativo que se adapta a nuestra pobreza y fragilidad hasta el punto de inventar nuevas vías de encuentro y relación con nosotros en un gesto de pedagogía, de condescendencia, de abajamiento hasta nuestra posibilidad y medida para ir, poco a poco, conduciéndonos a su encuentro, al regreso al Paraíso, a la casa del Padre²³.

22 Esta experiencia es la que se describe en el relato de los dos discípulos de Emaús en Lc 24,13-25. Para ellos la memoria de lo que les ha ocurrido, de su desesperanza y desconcierto en la compañía del "tercer compañero" que les pregunta, escucha e interpreta lo ocurrido a la luz de la Escritura adquiere un sentido salvador hasta el punto de llegar a reconocer la acción de Dios en la historia, en sus propias historias, a través de la vida y el misterio pascual de Cristo.

23 "Les 'tuniques de peau' permettent l'histoire, elles permettent, comme le répète saint Irénée, à l'homme et à Dieu 'de faire l'expérience l'un de l'autre' (par. Ex. Contre les hérésies IV, 39, 1; V, 3, 1), elles finiront par devenir chair de la divine incarnation" (CLÉMENT, *Le Chant des larmes*, 76).

En el camino de Santiago las flechas amarillas, sembradas a lo largo de todo el recorrido para guiar y custodiar al peregrino, tienen esta finalidad. Ellas impiden perderse, son pequeñas y frágiles, no se imponen, solo indican, son signos de gracia humildes, otros las has pintado pensando en nosotros, están en los rincones más insospechados, agazapadas en las aceras de las grandes urbes, gritan en silencio y, así, sostienen y orientan los pasos.

Solo se llega al destino siguiendo la indicación de cada una y, a la vez, hay una relación de necesidad entre todas. Ellas preparan el corazón del peregrino en una doble dirección: le hacen humilde, dócil, le enseñan a vivir atento, escudriñando lo que le rodea, buscando las pistas, las indicaciones, las directrices que le marcan las flechas y dejándose guiar por otro, es como ir de la mano, conducido. Por otro lado, las flechas van educando al peregrino en lo que podíamos llamar un cierto “sentido hilativo”, es decir, una capacidad de perseverar en el ser conducido, leyendo la orientación y sentido que el rumbo de su camino, de su vida va tomando.

Las flechas son un paradigma en la peregrinación de la misión orientativa, educativa, propedéutica y de mediación que tienen otras muchas presencias en el itinerario personal e interior del peregrino. Estas mediaciones pueden ser: la creación, los compañeros de camino, el albergue de cada día, los hospitaleros que sirven, la gente de los pueblos por los que se pasa, la iglesia abierta que invita a orar, la eucaristía y la bendición del peregrino, un texto que nos guía, una palabra que encontramos, un gesto de generosidad, un vaso de agua ofrecido... En todo, el peregrino puede ir encontrado pequeños anuncios y llamadas de gracia, son toques pequeños, despertares y bendiciones diarios que se van acumulando en su corazón y le conducen hacia el *kairós*, el momento de la gracia y la conversión, y lo sostienen, lo alimentan, lo custodian a lo largo del camino y en el regreso a casa. Se trata de un aprendizaje de vida cristiana donde la mediación de la gracia de Dios, por el misterio de la Encarnación de Cristo, nos permite reconocer la presencia amiga del Señor en cada instante, encuentro, persona y acontecimiento de la vida. Todo es signo de su Presencia amiga.

IV. EL SELLO DE LA GRACIA

Todo lo descrito hasta aquí enmarca y define a grandes trazos el recorrido espiritual de conversión que el peregrino generalmente vive. Este proceso es absolutamente personal y, por lo tanto, no se realiza de forma mecánica e impositiva sino más bien se vive en la dramática de la libertad –doble libertad personal, la de Dios y la del hombre que interactúan de un modo misterioso y trascendente, único e irrepetible– que interpela y llama, por un lado, que se siente atraída e interpelada, por otro, hasta, en algunos casos, encontrarse y abrazarse, resolviendo la lucha y el itinerario de búsqueda, en la gracia del encuentro con Cristo Jesús.

Al situarse Carrión de los Condes en la mitad del Camino francés –siempre y cuando este se inicie en Pirineos–, las hermanas somos testigos de cómo el peregrino llega a nuestro albergue generalmente “trabajado” interiormente por este itinerario, disponible y abierto, a la espera de un encuentro definitivo, el momento clave de la gracia. Y, aunque hay tantos factores y elementos precipitantes o inductores, en realidad, no sabemos cuándo, ni cómo, ni dónde se dará la visita de Dios en su Hijo Jesucristo, el *kairós* de cada peregrino. Eso es un misterio que excede nuestros cálculos y previsiones. Es la acción misteriosa del Espíritu y la puerta de la disponibilidad del hombre a sus llamadas hermanadas y encontradas en el abrazo de la gracia y la libertad. Dios puede realizar en un segundo lo que nosotros durante semanas hemos mendigado. Y Dios, que es siempre más generoso, se derrocha durante el camino y siembra en la tierra de cada peregrino sus bendiciones. Solo en algunos casos vemos cómo crecen y dan fruto las semillas del Reino. Otros requieren aún más tiempo, otras cosechas, otras oportunidades... incluso otros caminos y, de hecho, muchos vuelven porque algo han encontrado pero ese algo es aún prenda, anuncio, esperanza de una gracia mayor que presienten les espera aún en el camino y, por ello, regresan, algún tiempo después, a la búsqueda de este encuentro; muchos vuelven también para revivir, recordar, agradecer el don recibido.

Hay algunos signos preclaros que acompañan y testimonian la recepción de la gracia de la conversión en la peregrinación: las lágrimas del arrepentimiento, la práctica de la reconciliación sacramental, la comunión eucarística, el deseo de cambio y el propósito de una vida nueva, la apertura y búsqueda cotidiana de oración y relación íntima con Dios, la entrada en el dinamismo

de la caridad y la entrega en el servicio y amor a los otros a través de la modalidad de la hospitalidad... Con la llegada a la catedral de Santiago se refuerzan estos signos eclesiales: la participación en la misa del peregrino, la confesión, la adquisición de la compostelana o certificación oficial de la peregrinación con las gracias y bendiciones que ofrece la Iglesia a través de estos medios. La adquisición de la Compostelana para aquellos que han vivido un momento de gracia en el camino supone portar consigo, hasta casa, el sello de un cambio, la constatación de que la peregrinación ha supuesto un antes y un después en sus vidas. El certificado de peregrinación es un signo concreto y explícito de este cambio. El sello, que confirma la realización y el término de la peregrinación y que se recibe de manos de la Iglesia, expresa la nueva vida, la esperanza, la salvación, la memoria agradecida de la gracia recibida en el camino y que implica una existencia transformada al regreso a casa; pues la identidad está ya marcada por este sello, que en la Edad Media era el signo necesario para la cancelación de las culpas y la concesión de gracias tales como la libertad a los presos y condenados por penas públicas.

V. LA URGENCIA DE UNA MISTAGOGÍA ECLESIAL

Ahora bien, hay muchos, muchos peregrinos, que viven más o menos una experiencia de gracia similar a la descrita hasta aquí pero no llegan a identificarla con una llamada a un retorno o inserción en la vida cristiana y eclesial con el cambio existencial que esto conlleva, sino que queda, más bien, reducida a una especial vivencia espiritual o religiosa ligada a la peregrinación, pero sin conexión con la vida real y cotidiana del regreso a casa. En los diálogos o encuentros eclesiales que los agentes de pastoral del Camino de Santiago regularmente organizan²⁴ se verifica que, teniendo en cuenta el total de peregrinos que recorren el camino y llegan a Santiago anualmente y el número de ellos que dejan constancia de haber vivido una experiencia

24 Desde la diócesis de Santiago de Compostela se alientan diversas iniciativas pastorales: sobre la acogida cristiana en el camino, el voluntariado en la catedral y la oficina de acogida del Peregrino en Santiago, el acompañamiento espiritual de los peregrinos antes, durante y después de la peregrinación. Todas estas iniciativas encuentran en la Oficina de acogida del Peregrino su lugar y centro de coordinación: <https://oficinadelperegrino.com>.

de conversión que implique una vuelta a la vida de la Iglesia asumiendo una nueva forma de existencia cristiana, la desproporción es abrumadora. Se trata, ciertamente, de una minoría, de un pequeño “resto”. Esta situación requiere un discernimiento pastoral eclesial.

En el Camino de Santiago el peregrino vive una experiencia de gracia y encuentro con Dios, con Jesucristo, en la Iglesia, que muchas veces no sabe interpretar para iluminar su existencia concreta. Hay una discontinuidad entre lo vivido en la peregrinación y la vuelta a casa. No resulta fácil ni inmediato en nuestra sociedad postmoderna reconocer en los signos de bendición recibidos en la peregrinación el amor de Dios providente que nos cuida y busca y nos ofrece la vida de la Iglesia para seguir caminando porque el hombre y la mujer de hoy, en muchos casos, ante la pérdida de las raíces y los referentes cristianos, carece del lenguaje, los parámetros y las referencias que hacen posible esta interpretación eclesial y existencial de lo vivido. Es fundamental, por tanto, encontrar un mistagogo, un maestro, un testigo de la fe que ayude a dar nombre y reconocer en clave de vida cristiana lo que ha ocurrido en el interior del caminante. En este momento, la certeza del misterio de la gracia, de la primacía y prioridad del actuar de Dios en el camino de Santiago se torna llamada fuerte a la responsabilidad, a la toma de conciencia de nuestra misión como mediadores de esta gracia, como custodios y mistagogos de nuestros hermanos para que ellos encuentren el tesoro que, escondido en su propia tierra, está esperando que sea desenterrado y colme de gozo sus vidas.